¿DE QUIÉN SON LOS CHICOS?


Digitized by Google

¿DE QUIÉN SON LOS CHICOS?

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D. ROMAN AZANTOIO.

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro Español
la noche del 23 de Marzo de 1873.

MADRID: 1873.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO.
SOLDADO, 4.

PERSONAJES.	ACTORES.
PAQUITA LARA, (30 años)..	SRA. VALVERDE.
CAROLINA, (de 20). .	SANZ.
MARIA.	GOMEZ.
D. FERNAMDO. . . .	SR. ALISEDO.
ADOLFO.	MAZA.

La accion se supone en nuestros dias.

ACTO ÚNICO.

Decoracion de gabinete elegantemente amueblado. Mesa de despacho y sillon. Dos librerías al foro; libros, legajos, escribanía, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon todas las puertas están cerradas: sale por la derecha Adolfo con gran precaucion y se dirige á la del foro.

ADOLFO, MARIA.

ADOL. Paquita no tardará en venir: son las nueve. (*Llamando á media voz en la puerta del foro.*) María, María!

MAR. Llamaba usted, señor?

ADOL. Chist!... Ha venido alguna persona á buscarme?

MAR. Nadie.

ADOL. Como solo hace tres dias que está usted en casa, no he podido decirla lo que la ruego no olvide. Todos los sábados á las nueve de la mañana vendrá preguntando por mí una señora cliente mia: la conducirá usted hasta aquí con mucho sigilo, y me avisará...

MAR. Con sigilo?

ADOL. Eso es.

MAR. Bien. Y despues se lo diré tambien á su esposa... con sigilo?

ADOL. Se guardará usted bien. Esa señora viene aquí á conferenciar conmigo sobre un pleito de familia bajo la más esquisita reserva. Con que ya está usted prevenida.

MAR. Descuide usted, señor. (Se vá por el foro.)

ESCENA II.

ADOLFO.

ADOL. Decididamente hay que pensar en salir de la situacion en que vivo, si no mi mujer se entera el dia menos pensado. Cuánto mejor sería que yo se lo dijese!... pero no me atrevo.

ESCENA III.

ADOLFO, MARIA, á poco PAQUITA.

MAR. Señor, ahí está...

ADOL. Quién?

MAR. La señora del sigilo.

ADOL. Chist!... Que pase.

MAR. Chist! (Le hace señas á Paquita para que pase con silencio.)

ADOL. Chist! (Hace señas á María para que se retire.)

PAQ. Ay! qué fastidioso es andar con tanto tapujo! (Descubriéndose.)

ADOL. Chist!

PAQ. Pero todavía no ha hablado usted?

ADOL. Tengo miedo.

PAQ. Casi le disculpo porque tiene tanto miedo á su mujer como yo á los hombres.

ADOL. Ha visto usted á los niños?

PAQ. Sí, ayer fui á verlos al colegio y á recoger las notas del trimestre. El niño sigue con su carácter turbulento y su conducta ligera.

ADOL. Angel mio! Es mi retrato. Y la niña?

PAQ. Esa es otra cosa. Muy estudiosa, muy arregladita y muy buena.

ADOL. Pobrecilla! Mi retrato exacto.

PAQ. Justo: ni más ni ménos. Y á propósito de retratos: se me ocurrió el otro dia que Juliá les hiciera unos de fotografía, y quedó en mandármelos hoy á casa.

ADOL. Excelente idea, por la cual le doy gracias. Es usted el modelo de las amigas y la mejor de las mujeres.

PAQ. No era esa la opinion de mi marido: ¿y sabe usted por qué? porque de vez en cuando le decia algunas verdades y reñíamos, como á usted tengo que reñirle ahora por el ridículo miedo que tiene á su esposa.

ADOL. Mi miedo precisamente no es á mi esposa, sino á la situacion que me vá á crear en casa mi franqueza.

PAQ. Sí, la situacion es de primer órden: tiene todas las buenas condiciones. Es sentimental, romántica y hasta dramática. Un buen autor haria con ella un drama de primer órden. Un hombre que cinco años antes de casarse conoció á una desgraciada que ya no existe, de la cual tiene dos hijos reconocidos. Su falta es no habérselo confesado á su mujer antes de su matrimonio.

ADOL. Es verdad.

PAQ. Eso se enmienda diciéndole á su mujer: «tengo dos niños inocentes de mis locuras pasadas: los amo, porque todo padre debe amar á sus hijos sin atender al mayor ó menor grado de legitimidad: te lo oculté antes de casarme, porque temia que esta revelacion fuera un obstáculo para nuestra boda. Sírvame de disculpa mi cariño por tí. Ahora que sabes la verdad, rechazarás á mis hijos como extraños ó perdonarás á esos pobres huérfanos y les servirás de madre cariñosa.

ADOL. Eso está muy bien dicho.

PAQ. Y quién no habla bien cuando aboga por un niño.

ADOL. Verdad es: pero yo no me atreveré nunca á decir eso á mi mujer.

PAQ. Con qué usted es abogado de los demás y no se atreve á serlo suyo?

ADOL. La causa es superior á mis fuerzas. Veinte veces he intentado la confesion. Empiezo bien, y acabo diciendo una sandez. Ayer me decidí, y con tono grave y sentimental, empecé diciendo á mi mujer... «Carolinita mia, querida Carolina...»

PAQ. Eso es.

ADOL. Sí; ya se que el principio es ese; pero el fin fué preguntarle á cuantos estábamos del mes.

PAQ. Es usted la deshonra del foro.

ADOL. Tiene usted razon. Ya se acabó; hoy se lo digo. Suplicaré á mi tio Fernando que me ayude.

PAQ. Ha parecido por fin esa buena pieza?

ADOL. Ayer mañana llegó de Valdepeñas donde al fin se estableció.

PAQ. Me extraña que él un ex-Tenorio, se haya avenido á vivir en un pueblo.

ADOL. Ya era hora de que reposara sobre sus laureles.

PAQ. Seguirá como siempre, odiando el matrimonio?

ADOL. Tanto como usted.

PAQ. Yo no odio el matrimonio; á quien aborrezco es á los maridos. Cuando á una pobre mujer le toca aguantar uno como el mio... gruñon... fastidioso... celoso... y pegajoso... En fin, Dios se lo llevó ya; bendigamos su memoria.

ADOL. (Bonita manera de bendecir la memoria de su marido!)

PAQ. Apropósito de su tio, me ocurre una idea... Él no ha tenido hijos?

ADOL. No creo...

PAQ. Un libertino como él? A la fuerza, hombre, á la fuerza!

ADOL. De seguro que no.

PAQ. Bueno; mejor. Supongamos nosotros que los niños de usted en vez de ser como son resultado de la primera borrasca de su juventud, son fruto de una de las últimas tormentas de su tio. Piense usted cuánto partido podemos sacar de esto.

ADOL. No lo entiendo.

PAQ. Pues es bien claro. Puestos de acuerdo usted y su tio, presentan á su mujer los niños como hijos de él; se interesan por ellos para que Carolina los sirva de madre y se encargue de su educacion, puesto que ustedes afortunadamente no tienen hijos; la hace usted ver su desgracia; el carácter ligero del padre; lo meritorio de amparar unos huérfanos; hace usted que su tio se enternezca; usted se enternece, ella se enternece, y asunto concluido.

ADOL. La idea no es mala: realizarla es lo difícil.

PAQ. Lo pènsaremos mejor, y veremos lo que tiene de utilizable. Dejo á usted porque estoy impaciente por ver los retratos de los niños, que deben estar ya en casa. Conque...

ESCENA IV.

DICHOS, DON FERNANDO, primera puerta izquierda.

FERN. Paquita! Cómo vá desde que no nos vemos?

PAQ. Perfectamente.

FERN. Perfectamente y viuda?

PAQ. Por eso estoy bien: porque no sufro á ningun hombre.

FERN. En cambio alguno sufrirá por usted.

PAQ. No puede usted olvidar sus hábitos de lisonjero; por eso me ha extrañado tanto su resolucion de vivir en un pueblo. Qué mosca le ha picado á usted?

FERN. No fué una mosca, sino un mosquito, y de trom-

petilla, el que me picó una noche entre bastidores en el teatro de los Bufos, y me hizo bufar para conseguir espantarle, porque me seguia como si tuviera miel, y tuve que retirarme al pueblo para que me perdiera la pista.

PAQ. Y vive usted allí solo?

FERN. Con un manchego de cada sexo.

PAQ. Hará usted una vida aburrida.

FERN. Nada de eso: vida de solteron... libre... Cómo... bebo... duermo... fumo... ando... Tengo tres amigos solterones como yo, que vienen por la noche á hacerme la tertulia, y allí nos entretenemos en quitar el pellejo á medio pueblo y en hablar mal de todos los hombres casados, lo cual nos divierte extraordinariamente.

ADOL. Tanto como á ellos los fastidiará.

PAQ. Y el dia que caiga usted enfermo, quién le asistirá?

FERN. Mi manchega, que es vieja, fea, gruñona é insoportable... pero que tiene una condicion rara en las mujeres: es agradecida.

PAQ. No basta la gratitud. El cuidadoso esmero, las atenciones delicadas que algun dia echará de menos, solo puede darlo la propia mujer, convertida en ángel del hogar.

FERN. Angel!... Yo he conocido muchas mujeres ángeles, sin contar los de los bufos; pero son muy caros.

ADOL. Tio... tio!...

PAQ. Incorregible.

FERN. No niego las excepciones; pero eso confirma la regla.

PAQ. Calle usted.—Con que, Adolfo, ánimo, y á terminar ese asunto cuanto antes.—A usted no le vuelvo á dirigir más la palabra para convertirle.

FERN. Eso confirmará mi creencia de que siempre ha sido usted adorable.

PAQ. Aparta, Tenorio. Adios, señores.

ESCENA V.

FERNANDO, ADOLFO.

FERN. Decididamente esta viudita leconvendria para mujer, á cualquier amigo mio.

ADOL. Tio!

FERN. Qué?

ADOL. Tio...

FERN. No salgas de ahí, que te vas é perder.

ADOL. Tio...

FERN. Otra? Hasta luego.

ADOL. No se vaya usted.

FERN. Pues, hombre, habla sin pararte.

ADOL. Queria hablarle á usted de un asunto muy delicado.

FERN. Dí.

ADOL. Es el caso tio mio, que... que... (No me atrevo á declararme á él tan pronto).

FERN. Qué.

ADOL. Que ha estado usted poco galante con Paquita.

FERN. Ese era el asunto delicado? Descuida que no se lo diré á nadie.

ADOL. Es poco lo de los ángeles bufos?

FERN. No se habrá dado por aludida; porque ella, de seguro, no ha debido nunca ser ángel... Al ménos de carácter...

ADOL. Aunque así sea...

ESCENA VI.

DICHOS. CAROLINA que aparece por la primera puerta derecha.

CAROL. Buenos dias, tio.

FERN. Adios, Carolina. Llegas á tiempo para darnos tu opinion acerca de lo que aquí hablamos: No crees tú, como yo, que Paquita no ha debido ser nunca ángel?

CAROL. Apropósito de qué hablaban ustedes de Paquita?

FERN. Apropósito de que ha estado aquí hasta ahora.

ADOL. (Torpe!)

CAROL. Ah! (Mirando á Adolfo.)

ADOL. Sí; ha venido á hablarme sobre el pleito que sabes sostiene contra su cuñado.

CAROL. Cuidado con el tal pleitecito si es largo.

ADOL. Toca á su fin. (Decididamente hay qne salir de esta situacion.)

FERN. Os dejo; voy á almorzar, puesto que me toca hacerlo solo.

ADOL. Espere usted un momento, tio. Querida Carolina... tengo necesidad de hacerte una confianza muy grave.

CAROL. A mí?

ADOL. Si.

CAROL. Dí.

ADOL. (Me parece que está de mal humor.)

CAROL. Empieza.

ADOL. Has de saber... No te lo he dicho antes... porque... sé que tú... en fin... (Tengo miedo.)

CAROL. Si no hablas más claro...

ADOL. Verás... se trata... (Se oye el relój.) Caramba; las diez, y tengo á esta hora una vista en el juzgado!

FERN. Descuida, chico, que no diremos á nadie la confianza que nos haces.

ADOL. Como tengo mucha con ustedes, les ruego me dispensen la deje para dentro de un rato. No tardaré en volver. Con que hasta luego, Carolinita: adios, tio. (Decididamente se lo digo cuando vuelva.)

ESCENA VII.

CAROLINA. DON FERNANDO.

CAROL. Ay, tio mio! qué desgraciada soy!

FERN. Demonio! qué me dices?

CAROL. La verdad.

FERN. Qué te sucede?

CAROL. Que mi marido me engaña.

FERN. No es posible.

CAROL. Lo es; y á los once meses de casados!

FERN. Verdaderamente que es pronto. (Si hubiera esperado al año, casi le disculparia.)

CAROL. Y lo que me ofende más, es que me sea infiel con una amiga mia.

FERN. Con quién?

CAROL. Con Paquita.

FERN. No lo creo.

CAROL. Tengo casi la seguridad. Adolfo, de algun tiempo á esta parte, anda inquieto, preocupado; en muchos momentos, con tono solemne, empieza á hablarme como hace un instante, y termina preguntándome alguna sandez.

FERN. Distracciones de orador.

CAROL. Además, ha de saber usted, que muchas mañanas viene á casa Paquita antes de que yo me levante, y se ven aquí á solas. Una mañana me levanté, los sorprendí aquí, y no pude enterarme de lo que hablaban porque lo hacian en voz muy baja, lo cual me probó que hablaban de amor.

FERN. Eso nada prueba; cálmate.

CAROL. Y no sé que le llama la atencion á mi marido de esa mujer. No tiene ni juventud, ni belleza, ni talento, ni elegancia, ni gracia, ni...

FERN. Anda, hija, anda!

CAROL. La juzgo desapasionadamente.

FERN. A la legua se te conoce el cariño que la profesas.

CAROL. Tio, cuántos años tiene usted?

FERN. Y qué tienen que ver mis años con las cualidades personales de Paquita, ni con tus celos?

CAROL. Tal vez mucho. Con que cuántos años tiene usted?

FERN. Te diré entonces, que hace cinco, cuando alguna mujer me hacia esa pregunta, respondia, treinta y cinco cumplidos.

Carol. Y hoy?

Fern. Hoy cuarenta y cinco.

Carol. Diez años más: cómo es eso?

Fern. Porque en Valdepeñas se envejece más deprisa que aquí.

Carol. Nadie diria que tiene usted esa edad.

Fern. Bah!

Carol. Lo que usted oye. Cuántos pollos quisieran tener su aire elegante y distinguido, y esos ojos llenos de vivacidad y de gracia.

Fern. Hace algunos años me decian eso: que tenia unos ojos muy picarillos.

Carol. Todavía... todavía.

Fern. Pich... Se manejan con arte.

Carol. Ya lo creo.

Fern. Intencion no me falta.

Carol. Si supiera usted qué idea se me ha ocurrido hace un momento.

Fern. Dímela y la sabré.

Carol. Qué le parece á usted Paquita?

Fern. Paquita? (Me escamo.) Bien; es una mujer distinguida... aunque... no tiene ni juventud, ni belleza, ni talento, ni gracia ni elegancia.

Carol. Con qué dureza la trata usted.

Fern. Me hago eco de tus palabras.

Carol. Es que estaba loca, ó celosa, que viene á ser lo mismo. Pero hablando leal y francamente, le digo que la creo una mujer adorable. Sus ojos son negros y brillantes; su boca preciosa; su fisonomía expresiva; su aire distinguido, su trato encantador.

Fern. Y ahora dónde vas á parar con ese capítulo de elogios?

Carol. Á que cualquier hombre juicioso que se hubiera retirado de la vida agitada de calavera y quisiera vivir feliz, una viudita así, le convendria mucho.

Fern. No digo que no.

Carol. Vaya... ella es la que tal vez se resistiera.

FERN. No hay mujer que resista á la casaca.

CAROL. Tan fácil conquista la cree?

FERN. Otras más difíciles se han hecho.

CAROL. Para casarse con Paquita, es preciso hacerse amar de ella...

FERN. Te repito que si uno se tomara ese trabajo...

CAROL. Pruebe usted.

FERN. Yo?

CAROL. Perderia usted algo por ser esposo de una mujer como Paquita? Quién le podria hacer á usted más feliz? Cuánto no se alegraria al verse en su casita tranquilo, acompañado de su esposa y entretenido con las infantiles caricias de un tierno niño?

FERN. Chiquilla, no vayas tan deprisa.

CAROL. Si es lo natural. Se volvia usted loco el dia que viera saltar sobre sus rodillas un nene robusto y coloradillo que le llamara papá.

FERN. Papá... papá. (Tiene razon. Nunca se me ha ocurrido esta idea. Papá!)

CAROL. Debe ser la delicia de las delicias. Papá!

FERN. Realmente debe ser delicioso. Pero hablemos claros: es que Paquita te estorba, y quieres endosármela para librarte de ella?

CAROL. Francamente?

FERN. Dí.

CAROL. Si señor. Casándose usted con ella, me salva á mi.

FERN. Y para salvarte tú, quieres que yo me ahogue.

CAROL. Acaso el matrimonio es un naufragio?

FERN. No; pero es un buen chapuzon.

CAROL. Y ser papá?

FERN. No repitas mucho esa palabra, porque me seduce.

CAROL. Ay tio mio; qué bueno es usted; qué bueno! Nada; es cosa decidida; yo arreglaré la boda. Voy á disponer á usted un gran almuerzo y hacer yo misma su café.

FERN. Chica, chica; tu quieres sobornarme.

CAROL. Para que sea usted papá; y lo será, vaya! no faltaba más! usted será papá; usted será papá...

ESCENA VIII.

DON FERNANDO.

FERN. Usted será papá; usted será papá. Verdaderamente, qué cosa mejor puede ser un hombre que papá? Lo que me extraña á mí, es cómo no he sido papá... habiendo podido serlo hace tanto tiempo. Vamos; vale la pena de casarse para tener esa dicha. La viudita es guapa. Pero, y si realmente mi sobrino piensa en ella? Bah! Atravesándome yo en su camino, concluyó. Me caso; salvo á Carolina y me hago papá. Mis amigos de Valdepeñas son los que me inquietan; porque se van á reir en grande á costa mia. No importa; ellos se reirán de mi durante un año, y luego me reiré yo de ellos cuando me llamen papá, papá.

ESCENA IX.

DON FERNANDO, ADOLFO.

ADOL. Héme ya de vuelta. Se ha suspendido la vista.

FERN. Me alegro; porque ahora soy yo el que te va hacer la gran confianza.

ADOL. Diga usted.

FERN. Adolfo, tú eres mi tio, y yo tu sobrino: digo no... yo soy tu sobrino y tú eres mi tio... tampoco es esto.

ADOL. Dejemos el parentesco.

FERN. Eso es lo que yo queria decirte. Dejando aparte el parentesco, quiéres hacerme el favor de decirme cómo me encuentras?

ADOL. Bien.

FERN. Y crées tú que á pesar de mis cuarenta años...

ADOL. Cuarenta y seis, querrá usted decir.

FERN. Quién ha cometido la imprudencia de decirte mi edad?

ADOL. Su fé de bautismo que conozco.

FERN. Entonces no te desmiento. Pues te preguntaba yo, si crees que á pesar de mis cuarenta y dos años, podria agradar aún...

ADOL. Lo creo ciegamente. A mi me gusta usted mucho.

FERN. Es que á ti me tiene sin cuidado agradarte ó nó. Te hablo de las mujeres.

ADOL. Todavía piensa en gustar á las niñas?

FERN. A una sola.

ADOL. Y quién es ella?

FERN. Paquita, á quien pienso hacer mi esposa.

ADOL. Ay, tio de mi alma, que gran pensamiento ha tenido usted!

FERN. (Entonces este no la queria.)

ADOL. (Qué fortuna! Se casa y le endoso los chicos.)

FERN. Apruebas la idea?

ADOL. Tanto, que me encargo desde ahora de todas las diligencias, y de todo... de todo.

FERN. No; de todo no.

ADOL. Sí señor; déjeme usted á mí.

FERN. Pero te vas tú á casar, ó yo?

ADOL. Usted solo.

FERN. No, solo no; con Paquita.

ADOL. Se supone.

FERN. Vaya; pues me voy á almorzar.

ADOL. Eso es, almuerce tranqüilamente y confie usted en mi, que no perderá el tiempo.

FERN. Bueno: te agradezco tu interés. Hasta luego.

ESCENA X.

ADOLFO, luego PAQUITA.

ADOL. Jamás la casualidad fué más oportuna.

PAQ. Está usted solo?

ADOL. Sí, adelante.

PAQ. Traigo á usté las fotografías de los niños para que las vea.

ADOL. Nunca una dicha viene sola.

PAQ. Hay algo nuevo?

ADOL. Cuanto se deseaba.

PAQ. Habló usted con su mujer?

ADOL. Mejor que eso. Ante todo, Paquita, qué opinion tiene usted de mi tio? Qué le parece?

PAQ. Muy bien. Le creo un hombre muy apreciable.

ADOL. Y lo es: tiene un corazon de oro; un génio de oro; una salud de hierro; una musculatura de acero.

PAQ. Y á propósito de qué me hace usted á mí esa descripcion metalúrgica de su tio?

ADOL. Apropósito de que mi tio quiere á usted con alma y vida.

PAQ. Querer él! un egoista solteron.

ADOL. Usted le ha convertido y le ha hecho olvidar sus ideas.

PAQ. Y cómo me convertiria él á mí y me haria olvidar las mias?

ADOL. Adorándola.

PAQ. A sus años?

ADOL. Años... años... cuántos cree usted tiene?

PAQ. No sé.

ADOL. Pues no tiene más que cuarenta cumplidos.

PAQ. Cuando?

ADOL. Hace unos meses.

PAQ. No bajarán de sesenta.

ADOL. Y aunque así sea, es una bonita edad. Un hombre á los cuarenta y cinco años está en la flor de su vida.

PAQ. No, ya no está en la flor, ya está maduro.

ADOL. Qué quiere usted que le diga? Yo creo que un matrimonio asi le conviene á usted y á él: y creo que en estos casos vale más la conveniencia que la inclinacion.

PAQ. A mi no me gustan los maridos ni inclinados ni rectos.

ADOL. Segun eso, me abandona usted. Su matrimonio era mi salvacion y la única esperanza que yo tenia para arreglar el asunto de mis hijos.

PAQ. Egoista.

ADOL. Por ellos se lo ruego. Cuánto la adorarian á usted cuando supieran lo que le debian!

PAQ. Reflexione usted, Adolfo, que es muy grave lo que usted me propone: sin contar que su tio no ha pensado en su vida en mí, ni nada me ha dicho.

ADOL. A mí sí.

PAQ. Y á mí no?

ADOL. No se atreve.

PAQ. Pues es tímido el angelito!

ADOL. Con usted lo será tanto, que si no le anima... Ahi le tiene usted. La dejo sola con él. Animele y piense que este matrimonio hace la felicidad de una familia.

ESCENA XI.

DICHOS. DON FERNANDO, por el foro.

FERN. Te vas?

ADOL. Por un momento: dejo á usted bien acompañado.

FERN. Y tanto.

ADOL. Hasta ahora...

ESCENA XII.

PAQUITA, DON FERNANDO.

FERN. (Mi sobrino me deja libre el campo; pues al ataque.)

PAQ. (Preparémonos contra este pez.)

FERN. (Parece imposible: no sé cómo empezar.)

PAQ. Y qué tal, señor don Fernando, consigue Madrid hacerle olvidar á Valdepeñas?

FERN. Sí señora. (Ahi tiene usted, si fuera una suripanta le diria: el placer de verla me hace olvidarlo todo; pero como es una señora, no me atrevo.

PAQ. Hay tantas cosas bonitas en Madrid que distraen sin pensar, verdad?

FERN. Y tanto. (Si fuera una bailarina le diria: usted sí que distrae por lo bonita, y lo redondita, y... pero á esta no se puede.) Paquita, sabe usted qué muchas veces he pensado en cómo no se le ha ocurrido á usted, despues de seis años de viudez, dar un sucesor á su marido.

PAQ. Porque el matrimonio de una viuda es siempre difícil. Una viuda no debe casarse sino con un hombre de cierta edad, y ordinariamente los gallos de hoy prefieren las pollas á las gallinas.

FERN. Pues son unos tontos: porque el caldo más sabroso lo hace la gallina.

PAQ. Me sorprende oir á usted.

FERN. Es que mis ideas han sufrido un cambio radical. En otro tiempo tambien á mí me gustaban más dos pollitas de á quince que una gallina de treinta; pero hoy le aseguro á usted que no creo haya nada mejor que una mujer hecha... una viudita... así como usted... bonita como usted... graciosa como usted...

PAQ. Cuidado, que se escurre usted; porque ese camino es resbaladizo, y vá usted á terminar por hacerme una declaracion.

FERN. Por hecha. Sí, Paquita: ríase usted de mí, pero sepa que la adoro, y tan de veras, que me atrevo á repetírselo á usted delante de un juez municipal... que es cuanto se puede decir.

PAQ. Segun eso, se casaria usted conmigo?

FERN. Inmediatamente.

PAQ. Y desde cuándo abriga usted ese siniestro pensamiento?

FERN. Desde... que la quiero á usted.

PAQ. De veras?

FERN. Lo juro.

PAQ. No jure usted. Ahora no es preciso jurar más que para cobrar, y usted vá á pagar. Pruebas y no palabras.

FERN. Quiere usted mayor prueba que casarse?

PAQ. Buena es. Y su pasion por el celibato?

FERN. Se acabó al encenderse en mi pecho la que siento por usted.

PAQ. Gracias. Y durará mucho tiempo?... porque no fio.

FERN. De qué manera quiere usted que le pruebe que la adoro? Quiere usted que atraviese á nado el estanque del Retiro? Quiere usted que mate un toro de Miura? Quiere usted que deje de ser radical?

PAQ. No soy tan exigente.

FERN. Exija usted.

PAQ. Está usted decidido á darme una prueba séria?

FERN. Sí.

PAQ. Voy á someterle á una. Usted me cree sola, sin hijos?

FERN. Al menos no tengo noticia que haya usted tenido ninguno.

PAQ. Pues soy madre.

FERN. Bah!

PAQ. Usted no lo cree? Hé aquí la prueba. (Le enseña una fotografía.)

FERN. Cómo!... esta niña?...

PAQ. Es mia.

FERN. (Se sienta en una silla, exclamando con tres entonaciones diferentes.) Ah! Ah! Ah!

PAQ. Veo que esto le contraría. Se convence de que sus ofertas no eran sinceras?

FERN. Lo son... sino que la sorpresa... la alegría...

PAQ. De veras? Le gusta á usted?

FERN. Mucho. (Como á los conejos los perdigones.) Aunque hubiera preferido un niño.

PAQ. Si?

FERN. Ya lo creo! Es una verdadera pena que no tenga usted un niño.

PAQ. No se apure usted: aquí le tiene.

FERN. Ah! Ah! Ah! (Cae en la silla como anteriormente.)

PAQ. Qué es eso?

FERN. Nada, nada... la alegría...

PAQ. Pues sabe usted que tiene una alegría muy triste?

FERN. (Si tendrá otro?)

PAQ. Me convenzo de que sus palabras eran humo que ha disipado la primer prueba séria que le he pedido.

FERN. Hágase usted cargo de mi emocion. Yo esperaba todo menos eso.

PAQ. Es acaso que encuentra usted feos mis hijos?

FERN. No por cierto; son bonitísimos y se le parecen á usted mucho.

PAQ. Esas galanterías no puedo oírselas sino al que haya de ser mi marido. Devuélvame usted mis niños y yo le devuelvo su palabra.

FERN. De ningun modo. Reitero y ratifico lo dicho con más gusto que antes, porque así seré padre desde el primer dia de casado. Yo adopto á sus niños desde este momento.

PAQ. Ahora creo á usted digno de mi mano. (Se la tiende y él la dá un beso.)

ESCENA XIII.

DICHOS. ADOLFO, foro izquierda.

ADOL. Bravo! qué confianzas son esas?

FERN. Las que puedo tener con tu futura tia.

ADOL. Tan pronto?

FERN. Y cállate, porque te presento á tus primos.

ADOL. Quiá!

FERN. Cómo que quiá! Aquí los tienes. (Le dá las dos fotografías.)

ADOL. Mis hijos de mi alma!

FERN. Zape! Conque tú eres el padre?

ADOL. Ya lo creo!

FERN. Tú! Ah! ah! ah! (Cayendo en la silla.)

ADOL. Le dá á usted algo?

FERN. Me dá mucho. Porque si tú eres el padre, Paquita no debe ser la madre.

PAQ. Y no lo soy. Tranquilícese usted.

FERN. Y si usted no es la madre?... (Aparece en el foro izquierda Carolina.)

ESCENA XIV.

DICHOS. CAROLINA.

FERN. Ven aquí sobrina: por qué no me has dicho lo de los chicos?

CAROL. Qué chicos?

FERN. Estos que tenias de antes.

CAROL. Yo!

FERN. Claro.

CAROL. No le entiendo á usted.

FERN. Esto si que es raro. Hé aquí unos chicos viajando de maternidad en paternidad, y de paternidad en maternidad. Ea, acabemos. Que alce el dedo el autor de ellos, ó á quien le pertenezcan. Nadie responde? Pues mios son.

PAQ. (El realiza el proyecto que le indiqué á usted.) (Aparte á Adolfo.) Eso es; de usted son, y de usted eran.

FERN. Eh?

PAQ. (Apóyeme usted.) (A Adolfo.) Hé aquí lo que son estos calaveras, y á lo que dan lugar con sus estravíos. Esos dos pobres niños jemelos, son de aquella desgraciada que usted abandonó, y de la que no supo más por haber huido de ella á Valdepeñas.

FERN. Será posible que haya sido yo padre? Pobrecitos mios de mi alma.

CAROL. Tio mio, si los cuidados de una madre les han faltado, desde hoy yo me presto á serlo suya.

FERN. Gracias, Carolina, gracias.

ADOL. (Ella misma se ofrece.) (A Paquita.)

PAQ. (Quíteselos usted pronto y á decirla la verdad: esta es la ocasion.) (A Adolfo.)

ADOL. (No me atrevo.)

PAQ. (Animo.)

ADOL. Cierto que debe ser muy agradable encontrarse sin saber cómo ni cuándo padre de una bonita niña de cinco años.

FERN. Y de un guapo chico.

ADOL. Perdone usted, tio, perdone usted: los niños no son de usted.

FERN. Canario! Ya se apuró mi paciencia!—Estos chicos son de usted.—Ya no lo son.—Son del otro.—De quién son los chicos?

ADOL. De un aturdido que se casó hace once meses.

CAROL. Esposo mio, la mayor prueba de cariño es la confianza. El no haberla tenido conmigo es lo que no te perdonaré.

ADOL. Ah, querida Carolina! eres más buena que un ángel.

FERN. Con que tú eres el verdadero padre de estas fotografías?

ADOL. Sí, tio.

FERN. Entonces toma tu tesoro. Paquita, usted es mi única salvacion. Quiere usted que mañana dé parte al juez del deseo que antes la manifesté?

PAQ. Déjeme usted pensarlo; y crea que no estoy lejos de acceder á su deseo.

FERN. Gracias, Paquita.—Sobrino mio, tengo el gusto de pedirte la mano de tu niña para mi primer hijo.

ADOL. Déjese usted de eso.

FERN. Ya verás. Quiero ser papá, y lo seré, Dios mediante, de varios ejemplares tan bonitos como los tuyos.

Mios los chicos no son;
más su padre lo consiente
y pido en esta ocasion
para ellos, la proteccion
de este público indulgente.

FIN.

